



Comentando Ideas, *Un espacio para compartir ideas en torno a un texto en común, del cual I@sbecari@s que comentan no conocen el autor ni el momento en que fue escrito, hasta este momento.*

El autor usa de dicotomías como Estados-Nación/comunidad; nación en formación/identidad no lograda; valores y productos culturales de un territorio/reconocimiento de origen, y cultura globalizada/integración armónica de expresiones culturales. Sus aseveraciones merecen un mayor análisis, pero me remitiré a la relación entre globalización e identidad y la reducción de esta última al concepto de denominación de origen.

Como los procesos históricos de la construcción de Estados-Nación del s. XIX, la globalización no es una opción, es una imposición, y es irreversible. La globalización, como proceso originado a partir de ciertas condiciones tecnológicas, institucionales y económicas, es un fenómeno multidireccional que incluye lo que tiene valor y excluye lo que no. Así, el posicionar productos por denominación de origen en el mercado mundial es una estrategia para dar valor a algo, que en el caso de los países pobres significa existir en el mercado global.

La globalización no comporta un proceso de homogeneización cultural, por ello las identidades son anclas para poder navegar en el océano de la globalización. El autor del texto lo sabe y utiliza este recurso reduciendo el concepto de identidad a un ámbito muy concreto: un producto, pero la identidad es mucho más que ello. La identidad, según Castells, es un proceso por el cual los actores sociales construyen sus acciones de acuerdo con sus procesos culturales.

En el texto hay una relación contradictoria entre globalización e identidad, y está cargado de mitos y discursos.



CLAUDIA NOVOA
Asistente Social
Becaria Chilena
IFP AR&SC Grupo 1B

Está estudiando la Maestría en Gestión Pública en la U. Pompeu Fabra, en Barcelona

Defendamos nuestra diversidad
Juan Álvarez Vita, Embajador

La creación de los estados-naciones acentuó el caudillismo, las separaciones y las búsquedas de las diferencias. Cuando no fueron encontradas, se las creó. Hoy la globalización nos obliga a desandar el camino, a mirar con serenidad hacia el pasado para reencontrarnos con ese sentido de comunidad que tuvimos siglos atrás y que comprende, en su más amplia dimensión no solo a los países iberoamericanos sino también a España y Portugal y, en este marco, a todo el Continente europeo.

Lo que llamamos nuestra propia identidad, es enfocada de manera distorsionada. Al calificar a nuestro país como nación en formación, como si se tratara de un fenómeno exclusivamente nuestro, se le da un sentido peyorativo, se le califica como una meta no lograda aún. Esta visión es pesimista e irreal, pues no existe pueblo alguno que haya terminado de formarse dado que todas las sociedades humanas están en permanente transformación.

No debe sorprendernos entonces que mucho de lo que consideramos exclusivamente nuestro, lo compartamos con otros países y que estos consideren como propia a esta rica herencia que comprende valores culturales, productos de nuestra tierra o surgidos del quehacer humano. Debemos conseguir que se reconozca su origen y luchar para que nuestros productos superen en calidad a los de otros países.

Nuestro país caminará hacia la mundialización con éxito. Tengamos fe en nosotros y tomemos conciencia de una cultura que es quizás una de las más globalizadas, y que debe conducirnos interna y externamente a una integración armónica y respetuosa de nuestras variadas expresiones culturales.

Artículo disponible en esta web:
www.elcomerciooperu.com.pe/EdicionImpresa/Html/2004-07-30/impOpinion0171980.html

La globalización obliga a los estados-naciones a mirarse al espejo y a remover su historia. Quienes dieron cuerpo político a los estados-nación iberoamericano buscaron y crearon elementos de unidad nacional, buscando no sólo la unidad territorial, sino también su homogeneidad racial, cultural y lingüística. Así nacieron y se desarrollaron, negando a los pueblos pre-existente — las culturas y pueblos indígenas—, buscando asimilarlo e integrarlos dada la creencia en que la vigorosidad de una “nación” (Estado-Nación) radicaba en su homogeneidad, que constituía un elemento esencial del mismo.

Todo el proceso que conducía a esta anhelada homogeneidad, es lo que eufemísticamente los “cuentistas sociales” le llamaron “nación en formación”, misión no menor para las generaciones venideras en tanto alcanzar tal unidad.

Así el Estado-Nación no fue producto de un desarrollo natural de la nación, en tanto comunidad sociológica, sino que creaciones jurídicas artificiales en donde convergieron las culturas de los distintos próceres provenientes de Europa.

No obstante a los esfuerzos, no se logró la unidad cultural, aun entre las mismas clases gobernantes, pese a existir un anhelo compartido, imitar a Europa. Por otro lado, los pueblos indígenas existentes no se asimilaron ni integraron, y cada cual siguió caminos distintos.

Hoy el Estado-Nación requiere de una identidad propia para enfrentar la globalización, para no ser absorbida en el proceso.



BERNARDITA CALFUQUEO
Asistente Social
Becaria Chilena
IFP AR&SC Grupo 1A

Estudió la Maestría en Políticas y Gestión Pública en la Universidad de Chile.